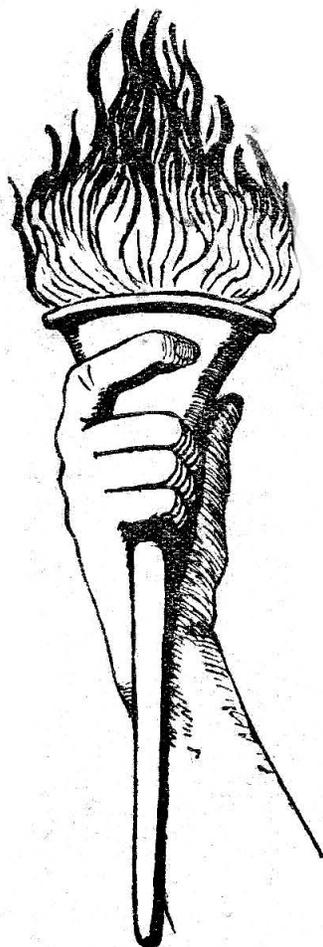


PEDRO TRONCOSO SANCHEZ

DOS ENSAYOS



REVISTA LUMEN

Director: Haim H. López-Penha.

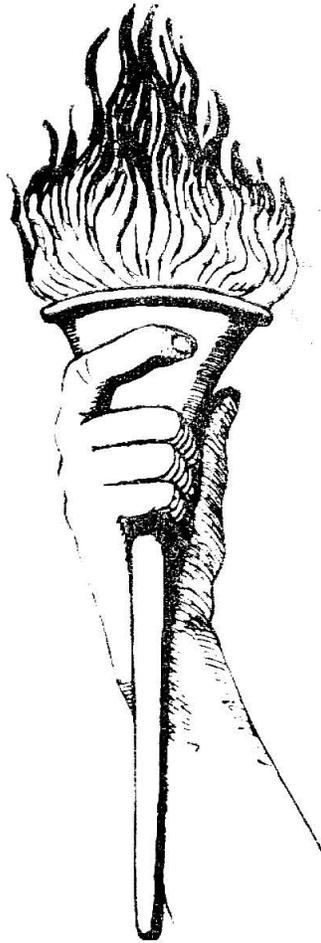
XII

Ciudad Trujillo, Distrito de Santo Domingo,
República Dominicana.

1936.

PEDRO TRONCOSO SANCHEZ

DOS ENSAYOS



REVISTA LUMEN

Director: Haim H. López-Penha.

XII

Ciudad Trujillo, Distrito de Santo Domingo.

República Dominicana.

1936.

No.

Meditaciones de Hans Castorp

(LA CUESTION DEL TIEMPO)

La Plenitud de las Plenitudes

(EL YO Y EL ESPACIO)

Meditaciones de Hans Castorp

(LA CUESTION DEL TIEMPO)

Hans Castorp, el personaje central de la portentosa novela "La Montaña Mágica", de Thomas Mann (que le valió el Premio Nobel de Literatura en 1929), figura intensamente humana que siente su pobre ser asaltado por la enfermedad, la pereza y el amor, y cuya alma inerte padece, en el ambiente cosmopolita del Sanatorio Internacional Berghof, en Davos Platz, Suiza, los ataques de las diferentes ideas y emociones, provenientes de todas direcciones, que agitan al hombre occidental de ahora, tiene a veces inquietudes mentales que le hacen sujeto activo por momentos, provocadas por su perplejidad ante la esencia misteriosa del tiempo. En esas ocasiones es presa de pensamientos como los siguientes:

"¿Qué es el Tiempo? ¡Un misterio! El Tiempo es omnipotente, sin realidad propia, es una condición del mundo fenomenal, un movimiento mezclado y unido a la existencia de los cuerpos en el espacio y a su movimiento. ¿Pero, habría tiempo si no hubiese movimiento? ¿Habría movimiento si no hubiese tiempo? ¡Es inútil preguntar! ¿Es el tiempo función del espacio? ¿O es lo contrario? ¿Son ambos una misma cosa? ¡Es inútil continuar preguntando! El tiempo es activo, produce. ¿Qué produce? Produce el cambio. El ahora no es el entonces, el aquí no es el allá, pues entre ambas cosas existe siempre el movimiento. Pero como el movimiento por el cual se mide el tiempo es circular, se cierra sobre sí mismo, ese movimiento y ese cambio se podrían calificar perfectamente de reposo y de inmovilidad. El entonces se repite sin cesar en el ahora, el allá se repite en el aquí. Y como, por otra parte, a pesar de los más desesperados esfuerzos, no se ha podido representar un tiempo finito

ni un espacio limitado, se ha decidido creer que el tiempo y el espacio son eternos e infinitos con la esperanza de conseguir una explicación un poco más perfecta. Pero, al establecer el postulado de lo eterno y de lo infinito, ¿no se destruye lógica y matemáticamente todo lo finito y todo lo limitado? ¿No queda todo reducido a cero? ¿Es posible una sucesión en lo eterno? ¿Es posible una superposición en lo infinito? ¿Cómo poner de acuerdo estas hipótesis auxiliares de lo eterno y de lo infinito con los conceptos de distancia, movimiento, cambio? ¿No queda más que la presencia de los cuerpos limitados en el universo? ¡Es inútil preguntar!”

Estas reflexiones desesperadas de Hans Castorp han sido el estímulo inicial, el punto de partida de las que más adelante se explanan, por lo cual pretenden éstas ser una continuación de aquellas, y su autor una prolongación del desdichado Hans Castorp.

* * *

Las leyes de la dinámica y la mecánica se cumplen constantemente en el espacio y ocurren por esto, sin cesar, infinitos cambios en el mundo físico; la tierra voltea alrededor de su eje y del sol y este movimiento determina las horas, los días, las estaciones y los años; las agujas del reloj giran sobre un pivote y marcan las fracciones de estas mudanzas; la materia orgánica se combina y disgrega incesantemente en miles formas produciendo los fenómenos de nacimiento, vida y muerte de billones de seres. Todas estas mutaciones se desenvuelven en causalidad o en cuasi-causalidad y ponen de manifiesto un transcurso, una sucesión, ya regular ya irregular de cosas, las unas después de las otras. Y este transcurso, este constante suceder de cambios físicos y orgánicos es lo que en lenguaje vulgar se llama el tiempo. Pero en lenguaje filosófico la palabra tiempo alude a algo de lo cual esta sucesión es solamente un aspecto superficial, un síntoma externo, precisamente el más externo y superficial de todos sus síntomas o aspectos.

Cuando nos referimos, pues, en nuestra conversación de todos los días, al transcurso del tiempo, solo nos referimos, en rigor, a la sucesión de los cambios físicos en el espacio, es decir, a la expresión física del tiempo.

Pero ¿qué es entonces el tiempo?

Hablemos primero un poco de otras de sus expresiones que no son la física.

El tiempo en que tiene su ser y se desenvuelve el alma, por ejemplo, no tiene nada de físico. Lo que podríamos llamar el tiempo psíquico específico, no se manifiesta en sucesión regular de cambios espaciales los unos después de los otros. Tal sucesión de los hechos puramente psíquicos es absolutamente interina y aparece irregular con respecto a la de los cambios en el es-

pacio y tales hechos no **pasan** los unos después de los otros, sino que son todos **conservados**, consciente o inconscientemente, en la memoria. El de las almas no es pues un tiempo en que las cosas propiamente se suceden sino en que se almacenan. En el alma no existe el pasado. Si no fuera así, la conciencia perceptiva estaría muy limitada, pues solamente captaría el contenido de cada instante percibido. Los hechos que acontecen en el alma adquieren un sentido más completo, gracias a que en ella lo que pasó, realmente no ha pasado y se acumula a las experiencias venideras para darles mayor riqueza de contenido. La percepción de una nota aislada en una melodía no significaría casi nada si esta percepción no estuviera íntimamente ligada al recuerdo de las notas que le precedieron.

Las personas que tienen a la expresión física del tiempo como el único tiempo y por tanto como una cosa absoluta, creen que la fugacidad con que aparece transcurrir un momento de alegría, o de trabajo jubiloso, o de éxtasis, o de sueño, y la lentitud de uno de angustia, o de ocio, o de vigilia vacía, son ilusiones de la mente, desvíos de la conciencia de la recta percepción de la duración. Se alega implícita o explícitamente para confirmar esta creencia que ahí están los imperturbables medidores del verdadero tiempo, el reloj, el movimiento de los astros, los isocrónicos cambios de la naturaleza, demarcando con la misma indiferente uniformidad y regularidad la marcha del acontecer. Es un error ancestral del que felizmente nos ha sacado Henri Bergson, el primero en deslindar con claros límites los mundos físico y psíquico. Un error debido a la irrupción ilegítima del espacio, en un reino que no le pertenece. Antes de Bergson, o se colocaba el alma en el espacio o se introducía a éste en el alma. Aquellos imperturbables medidores solo acusan cambios en el espacio y tienen, por tanto, un sentido exclusivamente físico. ¿Son algo más? Hasta ahora no se ha demostrado. ¿A qué título atribuimos entonces a esas mutaciones espaciales la virtud de medir, de controlar, de revelar la duración psíquica? ¿Con qué derecho negamos igual realidad al tiempo que percibe el alma en el desarrollo de sus vivencias puramente internas? ¿Qué nos autoriza a descalificar esa duración específica de los fenómenos internos y tener por única duración real, aún para la inviolable región de los sentimientos y pensamientos, a la que se puede medir por relojes, a la duración espacial? ¿No es ésta una irrupción ilegítima del espacio en un extraño país en que él no existe ni impera, ni puede existir ni imperar?

Para tener una idea de cómo es imposible esa asimilación del alma al espacio, de cómo son incomprensibles para la conciencia de lo físico los acontecimientos internos, baste recordar este fenómeno, que muchas personas han observado en sí mismas: Uno ha estado soñando, por ejemplo, que alguien acecha a otro con evidentes malas intenciones y que, al cabo de un momento, cuando ya el acechador tiene al alcance de su mano a su presunta

víctima, le arremete y contunde o le hace un disparo. En ese mismo instante despertamos sobresaltados porque el golpe o el disparo en el sueño ha coincidido con un ruido real. ¿Cuál es la única explicación de esto? Pues sencillamente que el ruido real ha sugerido, en el mismo instante de producirse, el sueño, haciendo aparecer inexplicablemente en éste cosas que se recuerdan como anteriores al impacto, muchas veces largas y complicadas. Aquí la contradicción entre ambos tiempos, físico y psíquico, es tan radical, que el segundo obra como si rewertiera al primero.

Aún dentro del mismo tiempo físico, es posible sub-deslindar una duración que podríamos llamar la expresión biológica del tiempo o tiempo biológico, en el cual el agente vital se manifiesta y desarrolla, muchas veces ostensiblemente, en contradicción con la lógica causal del tiempo de las cosas inanimadas, que es pura matemática. La vida no es matemática, o por lo menos tiene su matemática, como dice Adolfo Meyer; ella tiene sus leyes y sus normas propias, distintas a las de la mecánica y por eso vemos a cada paso que en los seres vivientes los cambios causales no guardan un riguroso paralelismo con los cambios causales del espacio. Esta disparidad se observa especialmente con caracteres dramáticos, porque atañe al hombre, en lo que concierne a la edad de las personas. Manifiestamente se puede distinguir una edad espacial, que es la que se cuenta por años solares, y una edad biológica, que es la que resulta del funcionamiento orgánico, pero casi siempre el hombre atribuye más realidad a la primera. De ahí los numerosos casos de personas que, siendo jóvenes vitalmente, se sientan sugestionadas y dominadas por el conocimiento de su edad medida en años y crean estar vitalmente viejas. Recuerdo ahora el caso de una anciana que calculaba su edad aproximada partiendo únicamente del dato de que era aún niña cuando los españoles. Esta señora oyó decir una vez a alguien (de esto hace como 10 años) que los españoles se habían ido de Santo Domingo en el año 1822 y, para sorpresa y alarma de sus hijos y nietos, se le vió de repente andar encorvada, con paso tardío y ayudándose de un bastón. Interrogada por sus descendientes acerca de la causa, contestó con voz débil y entrecortada que no podía estar de otro modo puesto que tenía alrededor de ciento diez años. Informada después de que la época española que ella recordaba había transcurrido del año 1861 al 1865, volvió inmediatamente a usar de la soltura que le permitía su vigor vital. Es un aspecto más de la tiranía del espacio en reinos que no le pertenecen: en este caso el reino de la vida.

¿Y qué decir del tiempo en que alumbran las intuiciones suprasensibles, ese tiempo que no es sucesión y causalidad sino instante, espontaneidad, pura creación; aquel en que Beethoven concibe una sinfonía; en que Napoleón, al trazar un plan de batalla, sabe de antemano que la ganará; aquel aún en que un Capablanca prevee de un vistazo todas las jugadas posibles en una

partida de ajedrez? ¿Y de ese otro tiempo, el tiempo mental, en que estas intuiciones, al irrumpir en el alma, se mezclan con las intuiciones sensibles; en que se estructuran las ideas, las que luego se combinan con arreglo a las leyes del discurso, nada comunes con las leyes de la dinámica y la mecánica?

Lo dicho hasta ahora puede bastar para ver claro que la duración real no es la sucesión causal que marcan los relojes, como es la noción vulgar, sino algo distinto, más hondo, más sutil, más inaprensible por la conciencia y, por tanto, de esencia más ignota que la de los visibles cambios del espacio; pero insistamos un poco más, con ejemplos, antes de entrar en la consideración del tiempo en sentido integral.

Cuando hemos tenido que emplear, ineludiblemente, cuatro horas para trasladarnos de un punto a otro distante cuarenta millas, moviéndonos a una velocidad de diez millas por hora, solo en nuestro constituyente físico y su correlativa consciencia ha surcado ese fatal transcurso isocronométrico de duración espacial; el alma, en su contenido exclusivo, pudo haber pasado por muy variadas experiencias dentro del desarrollo de la duración psíquica específica; por momentos de placer, sueño, estudio, dolor, ocio o vigilia. Asimismo, pudimos haber disfrutado del íntimo goce de una iluminación súbita, señal de que hemos penetrado en un mundo cuyo tiempo no es una sucesión ni una acumulación, sino algo que nuestra conciencia mental a lo más puede captar como instante, como sondeo instantáneo en la dimensión de lo profundo, de esa profundidad que es la patria del verdadero creador, en que la acción pura y espontánea, la que aparece surgir de la nada, toma el puesto de la concatenación causal.

Si en vez de ser el tiempo físico el que siempre se impusiera por la fuerza de su pesantez, fuera el tiempo psíquico, nuestra perspectiva del mundo sufriría un cambio enorme; la medición de las manifestaciones espaciales quedaría subordinada a la peculiar manera de medir y controlar el tiempo psíquico y éste último nos parecería ser el verdadero tiempo.

Es más, se han dado y se dan a menudo casos de esta preeminencia del tiempo psíquico en individuos de rica vida interior. De entre la multitud de aquellos casos que podrían citarse, recuerdo ahora este: Se cuenta de Lafontaine que cuando se retiraba al campo a entregarse a sus emociones, pensamientos y fantasías y a escribir, se hacía insensible al tiempo espacial y hasta biológico. Inadvertía el paso de las horas, olvidaba comer y no percibía las demandas de su organismo para que se realizara esta condición de su perdurabilidad y buen funcionamiento. En una ocasión llegó hasta a no percatarse de que le había caído un aguacero encima sino cuando, de regreso a su casa, le advirtieron que estaba calado.

Y así como Lafontaine, tantas mentes geniales que han tenido experiencias semejantes cuando han estado en trance de

creación. Así el poeta auténtico, desasido de las cosas del mundo exterior e incapacitado para enfrentarse a ellas y entregado casi siempre a sus sueños. Así el conocido caso del profesor distraído, tan explotado en la dimensión humorística. Así la vida de tantos místicos, pensadores y artistas, cuya existencia gravita hacia un mundo y un estado de conciencia de peculiaridades de duración no comprendidas por los que viven asentados en el mundo terrestre.

Podemos distinguir pues varios tiempos: físico, biológico, psíquico, mental e intuicional (aunque de estos dos últimos, especialmente el intuicional, que cualquiera creería que ya no es tiempo, es muy difícil captar un concepto claro); pero así como no es la duración especial el único tiempo, así tampoco ninguno de los otros tiempos tiene el primado sobre los demás ni debe ser considerado como el único real al cual debe referirse todo otro orden de manifestaciones temporales. Todos son relativos y solo tienen validez en su propio reino. No hay un tiempo absoluto ni en el espacio, ni en el alma, ni en la mente ni en el mundo de la intuición. Al contrario, las duraciones en que todos estos planos de existencia se realizan están contenidas, son expresiones de lo que podríamos llamar el tiempo absoluto.

¡El tiempo absoluto! ¿Qué es el tiempo absoluto? ¿Es posible hablar de él con clara conciencia?

Cuando Dios hizo el mundo lo que en resumen hizo fué crear el tiempo. Convirtió su propio ser, eterno y vacío, pero pleno de infinitas posibilidades, en un proceso de realizaciones continuas, fundando para ello un supremo principio funcional: el tiempo.

El tiempo absoluto, común denominador de los tiempos relativos que hemos visto y de los que hemos dejado de ver, es pues la condición primaria de toda existencia. Es Dios Hijo, el Segundo Logos, engendrado del seno de eternidad del Padre, el Primer Logos, para que las posibilidades infinitas de éste se convirtieran en realidades, para que hubiera cosas inanimadas y seres vivientes; electrones y soles; células y organismos; almas e inteligencias, y para que, por último, la Luz de Dios, el Tercer Logos, iluminara todo esto por el Espíritu, y lo condujera de nuevo, en larga ordenación de evoluciones, al seno increado y eterno del Padre.

El tiempo absoluto, el en que mora y vive la más pura manifestación de Dios, contiene al tiempo del mundo que se expresa por la intuición, que es libertad, al del mundo de la mente, que es contemplación, al del alma, que es reacción, al de la vida, que es futuro, y al de las cosas espaciales, que es pasado. Es una gradación que va de lo divino a lo muerto, de lo más luminoso a lo más oscuro, de la felicidad sin límites a la completa limitación. Pero en el fondo de todos estos tiempos creados por Dios está siempre consubstancialmente presente la Eternidad de éste, por

lo que el tiempo que hemos llamado absoluto es también, frente a ella, una manifestación relativa.

Ahora ¿con qué idea podemos identificar la de esa prístina manifestación relativa? Con la de movimiento en su más amplio y recóndito sentido. La esencia íntima del movimiento es tan misteriosa como la del tiempo y ambas se confunden, al grado de no saberse cuál es función de cuál. ¿Es el movimiento lo que engendra el tiempo? ¿Es el tiempo lo que engendra el movimiento? Somos presa de la misma duda de Hans Castorp. Donde no hay movimiento no hay tiempo, pero no sabemos si es porque aquel es su síntoma primario o porque es su causa. La física moderna, al derogar para siempre el reposo euclidiano, ha demostrado que el movimiento es indispensable a la existencia del espacio; en otras palabras, que el espacio es función del movimiento, esto es, del tiempo, y a este factor cinemático le llama la cuarta dimensión. Pero tal postulado es también verdadero con respecto a todos los demás planos del ser. Cuando Dios se mueve el tiempo es.

Hemos dicho que en el fondo de todas las expresiones temporales está consubstancialmente la Eternidad de Dios y de ello podemos convencernos ahondando con decisión en el momento más precioso de los tiempos internos: el presente.

Si meditamos acerca del presente encontraremos que es la única porción viva del tiempo, la única actual y real, la que lo contiene todo y la que no nos abandona nunca, como la sombra al cuerpo, como el ojo de Dios a Caín. A primera vista parece el presente un algo que se desliza en sucesión infinita de momentos, pero en realidad es un solo momento, un único momento, en que concurren como sombras el pasado y el futuro; el único momento que se vive, y cuya total experiencia nos descubriría, por tanto, como lo preconiza Krishnamurti, la clave de la vida eterna.

El presente es, así, el representante de la eternidad en el mundo. Es ella en persona. Es el fondo infinito en que se albergan el pasado y el futuro. Estos, en efecto, no tienen una existencia propia. Solo existen en el pensamiento presente. Los seres que no piensan viven en la eternidad porque solo actualizan el presente. El hecho de que no podamos concebir que el pasado comenzó un día y el futuro terminará otro día, no obstante que enmarcamos todo transcurso entre un comenzar y su finar, es para nosotros indicio de su naturaleza ilusiva. Ambos se esfuman en el no tiempo, en la eternidad, en el misterioso instante presente.

Podríamos vivir en un mundo inmutable, sin recuerdo del pasado y sin sentido para pensar un tiempo por venir, y vivir plenamente, sin que nos quedara duda de que vivimos y de que el único tiempo real es el presente. Nunca, en cambio, podríamos vivir en un no presente.

La existencia de la memoria, por una parte, y la predicción de los sucesos históricos, científicamente comprobada, por otra, son, por último, pruebas irrecusables de que el presente contiene, a despecho de lo que intuye nuestra limitada conciencia individual, al pasado y al futuro.

En lo más hondo del presente están pues todos los tiempos: el físico, el biológico, el psíquico, el mental y el intuicional; está la duración absoluta: en el presente está Dios.



La Plenitud de las Plenitudes

(EL YO Y EL ESPACIO)

No creo que Descartes comenzara a filosofar dudando en realidad de todo y después llegara a adquirir sus grandes certezas mediante la construcción de su sistema **more** geométrico. Nunca se ha llegado a una evidencia interna por la vía de la demostración. Aquella duda inicial y aquellas sucesivas certezas no fueron sino el medio adoptado por el gran filósofo para transmitir la creencia íntima que ya tenía desde un principio. Sabemos igualmente que San Anselmo no creyó en la existencia de Dios porque lo convenciera su propio argumento ontológico. Este fué la consecuencia genial de su intenso deseo de que otros tuvieran la misma evidencia que a él iluminaba.

Pero una cosa es la imposibilidad de transmitir estas evidencias internas por la vía de la demostración—método solo posible en las ciencias reductibles a la matemática—y otra la de que la enunciación de ellas o su explicación en forma artística o dialéctica pueda ser estímulo para que las almas afines a la del enunciador o explicador se sientan sacudidas y despierten a una luz que permanecía oculta en su propio interior y se hagan así conscientes de la misma evidencia, preexistente en su seno; del mismo modo que el tañido de una cuerda hace vibrar al unísono otras que tengan igual tensión.

Advirtiendo sin duda esta misma verdad, dijo Bradley que filosofar era el modo de encontrar razones a lo que sentimos íntimamente.

A continuación me propongo desarrollar, en un mal hilvanado proceso dialéctico, una de esas evidencias internas de las que tanto puede albergar un ignorante como un sabio, con la diferencia de que aquél, como en el presente caso, dispone de mezquinos recursos de expresión para revelarlas. Convencimientos íntimos como este son tan firmes como los axiomas objetivos,

pero, mientras los últimos “no necesitan ser demostrados”, como dicen los textos de geometría, para ser creídos **por todos**, los primeros sí necesitan serlo, mas, como ya hemos visto (y en esto reside en parte su dramatismo), es imposible. No otra cosa hacía exclamar a San Agustín, cuando le preguntaban qué es el tiempo: “Si no me lo preguntan, lo sé, pero si me lo preguntan, no lo sé”. Este carácter de intrasmisibilidad ha sido la causa del injusto descrédito, en el mundo netamente científico, de las vivencias individuales, cuando en realidad es en la intimidad del individuo, en su fondo más secreto, en donde palpita la verdadera vida, nó en los postulados objetivos pertenecientes a la colectividad, a la superficie, externos en cierto modo a él.

En las explicaciones que seguirán inmediatamente, debe el bondadoso lector fijar más su atención en las simples afirmaciones que en el lazo causal que las une.

* * *

En el fondo de todas las experiencias, externas e internas, está el yo, inclusive en el de la experiencia del propio yo. Pero esta experiencia del propio yo es profundamente diferente de las demás experiencias. Mientras estas últimas consisten en algo que el yo contempla frente a él, objetivado por él, en el mundo interior o en el exterior, el yo no puede contemplarse frente a sí mismo, no es objetivable por sí mismo, ni por otro yo. Es, pues, una **actualidad pura**, el principio objetivante (Max Scheler) de todas las cosas, menos de él mismo. Por eso, al intentar hablar de él, esto es, al intentar, en un esfuerzo imposible, objetivarlo en su pureza, nos lo representamos forzosamente como un vacío, como la nada, lo cual, en rigor, no es una objetivación. Sin embargo, es. Sabemos que existe; ninguna certeza más segura que la del propio yo. Es más, el yo es lo único de cuya existencia nadie ha dudado jamás. En él, como dijimos, tienen su ser todas las experiencias. No conocemos ninguna experiencia que no sea **del yo**. El ve, él oye, él piensa, él siente. Pero lo que el yo ve, oye, piensa, siente, ¿son cosas separadas e independientes de él o cosas que residen en su propia intimidad? Esta pregunta la contestarían sin vacilar muchas personas diciendo que evidentemente son cosas separadas de él; pero en realidad esta pregunta es difícilísima de contestar; tan difícil, que desde que existe la filosofía se ha estado haciendo y todavía nadie la ha contestado de un modo tan definitivo que ninguno más haga la pregunta. Sin embargo, una cosa es la imposibilidad absoluta de contestarla, de transmitir, de exteriorizar satisfactoriamente para todos la respuesta a esta pregunta, como le pasaba a San Agustín con la cuestión del tiempo, y otra es tener la evidencia íntima, pero intrasmisible, de la verdadera contestación, como también le pasaba a San Agustín con la cuestión del tiempo.

Creo por mi parte, y de un modo indubitable, que el yo no puede tener sino la experiencia de su propia intimidad siempre.

Inmediatamente de afirmar esto, debo aclarar una distinción, para que no parezca que me contradigo. Esta experiencia de sí mismo no es, desde luego, la imposible contemplación de su propia pureza, de que hablé al principio, sino un misterioso autoconocimiento en expresiones como múltiples y fragmentarias.

Veamos si ensayo un por qué lógico de mi profundo convencimiento, que puede ser distinto al que ensayé ayer o al que ensayaré mañana.

A primera vista es evidente que yo me muevo en un espacio que me rodea. Pero, ¿puedo decir que es mi yo actualidad pura, ese fondo vacío e inobjetivo, el que se traslada en el espacio? No podemos dar un testimonio serio de ello. Lo que está en el espacio y se mueve es algo que mi yo profundo observa: mi cuerpo; no más que mi cuerpo. Mi yo profundo no puedo entender que está en el espacio ni que se mueve. Si algo sentimos que se mueve, por profundo que queramos ver el móvil, nunca es el mismo yo, sino otra cosa que éste observa, algo objetivado por él. El yo permanece, pues, en una actitud inexplicable, misteriosa. Evidentemente no se mueve, ni hace nada, ni está en ninguna parte.

Podemos reconocer con lo dicho que si es indudable que el yo consciente actualiza al espacio y a las cosas espaciales, éste sin embargo no contiene al yo. Pero si no es el yo puro el que se mueve en el espacio, si éste no lo contiene, sino que es el espacio el actualizado por el yo, entonces, en rigor, es el yo puro el que contiene al espacio con sus infinitas manifestaciones. En otros términos, el espacio es el yo puro en uno de los misteriosos modos en que él se observa a sí mismo.

Con el razonamiento anterior nos propusimos llegar a un punto en que se pudiera intuir súbitamente la verdad de nuestra tesis, captarla como por sorpresa, porque mediante una demostración no se puede adquirir. Mas para reafirmarnos en esa incóncusa verdad, fijémonos todavía en que si el yo fuera una cosa en el espacio como lo es el sol, una montaña, una casa, un árbol, independiente y radicalmente separada de todas las demás cosas que él percibe en su rededor, no habría conocimiento posible. Para que haya conocimiento tiene que haber forzosamente una identidad substancial entre el ego conociente y la cosa conocida.

Uno puede satisfacer su curiosidad científica, en el hecho de la visión, por ejemplo, con la explicación de las vibraciones del eter, de la reproducción imaginal del objeto en la retina, de la delicada función de los conos y los bastones, de la trasmisión de la excitación visual por el nervio óptico, de la transformación que sufre el centro cerebral correspondiente, de la reacción psíquica ante un estímulo lumínico, pero esto apenas nos enseña el funcionamiento de un mecanismo más perfecto que la cámara fotográfica, pero análogo a ella, que puede captar en su seno el pai-

saje más hermoso pero ignorándolo en absoluto. Nada de esto dice palabra respecto del **acto de conocimiento**, de esa maravillosa experiencia espiritual de ser consciente de lo que reproduce la retina, de iluminarla con la luz del pensamiento.

Lo único que puede satisfacer la curiosidad metafísica en su empeño de penetrar el acto de conciencia es, nó una explicación como la anterior, sino la clara intuición de que el espacio es una proyección del yo hacia lo que percibe como afuera, como mundo exterior, y de que las cosas tridimensionadas son una interpretación de realidades internas inmanifestables en su pureza y solo actualizables como objetos captados por un sujeto. Solo así puede comprenderse la posibilidad del conocimiento. Sujeto y objeto se identifican, necesariamente, en las profundidades del yo puro.

Tenemos también otros dos hechos que pueden conducirnos a intuir el espacio como una misteriosa emanación del yo puro. El primero es el hecho demostrado de la transmisión del pensamiento. ¿Cómo es posible que una realidad inespacial, inextensa, como el pensamiento, aparezca trasmitiéndose al través del espacio? Para comprender metafísicamente ese hecho, científicamente comprobado, habría que convenir en una de estas dos cosas: o en que el pensamiento es un objeto espacial, como el sonido o el perfume; o en que el espacio es solo un producto de la conciencia común. Descartada la primera hipótesis por manifiestamente errónea, queda en pié la segunda como única explicación posible de la transmisión del pensamiento. El segundo hecho es nuestra imposibilidad de pensar el espacio mismo como una cosa espacial, es decir, dimensionada y finita. El espacio, pensado en sí mismo, con abstracción de los objetos que contiene, es irrepresentable, una cosa perfectamente vacía e infinita, que se reabsorbe en la conciencia y queda reducida a cero. Solo adquiere sentido cuando contiene algo, cuando en ese fondo amorfo idéntico al yo puro (por ser infinito y vacío) se proyecta la imagen, la interpretación dimensionada y finita, de una secreta realidad consubstancial a él.

El yo puro, pues, al no objetivar su propia intimidad en toda su pureza, lo hace, por de pronto, como un escenario en que se confina: el espacio. Al contemplarse a sí mismo, lo hace resistiéndose a su propia pureza, a su propia libertad, a su propia plenitud.

Pero hay otras experiencias del yo que no son espaciales: son las del mundo interno. Así como todas las experiencias exteriores se resumen en la gran limitación espacio, todas las interiores se resumen en la gran limitación tiempo, tomado en su sentido estricto. Vamos a ver enseguida que espacio a su vez es reductible a tiempo. En efecto, ya hemos visto que espacio es modo de observarse a sí mismo del yo puro: es pues una experiencia interna, es decir, tiempo. No es entonces una última

instancia la diferenciación entre mundo exterior y mundo interior. Todo en el fondo es experiencia interna.

El contenido del tiempo —llamémosle ahora tiempo-espacio—, todo su rico e infinito desdoblamiento, es el cosmos. Luego, cosmos y yo son idénticos. Es decir, que todo lo que el yo ve, oye, piensa, siente, **reside en su propia intimidad.**

Pero se me objetará que hay muchos yos, y por tanto multiplicidad de cosmos, lo cual es imposible puesto que es claro que el cosmos es uno para todos, y por consiguiente algo independiente de todos los yos.

¿Hay en realidad muchos yos? Según hemos concebido al yo en su última raíz, despojándolo de toda estructura temporal posible, como actualidad pura, nos es imposible ver varios yos en el espacio. En éste solo somos sensibles de estructuras espaciales, de cuerpos, de fluídos, de materia física en general, aunque la analicemos en su composición más secreta; nunca de una actualidad pura. Tan absurdo nos es, en consecuencia, imaginarnos varios yos alojados en el espacio como a un yo moviéndose en el mismo. Cuando somos conscientes de los millones de individuos que pueblan el universo, solo podemos dar testimonio de la multiplicidad de organismos físicos, nunca de la de esencias ignotas absolutamente inobjetivables. Ni siquiera podemos objetivar en el espacio — aunque sí en su correspondiente plano de realidad — una multitud de organismos psíquicos, de actos de pensamiento ni de emociones. No tiene sentido alojarlos en el espacio.

Al no haber una multiplicidad de yos ¿podemos entonces afirmar que esa esencia ignota que mora en el fondo obscuro y vacío de todos los seres, es única? ¿No sería esto conocer de ella su unidad, lo cual sería una objetivación que contradiría nuestra necesaria concepción del yo? Para ser pues consecuentes, hasta en las insuperables limitaciones del lenguaje, con nuestra tesis, no debemos adjudicarle al yo ese carácter de unidad, sino, cuando más, decir de él, por vía de negación, que no es una multiplicidad.

El hecho, además, de que existan verdades objetivas, es decir, verdades que lo son del mismo modo para todo el mundo, ya se explica que no me pueda revelar, como a otros, la existencia de un mundo independiente del yo, sino la de una común esencia íntima en el fondo de todas las conciencias, cuya ignota naturaleza se ha simbolizado por aquel concepto que, dentro de los mundos de limitación que tienen su ser en el yo, llamamos unidad. Cuando dos individuos contemplan un mismo árbol, o actualizan la verdad del principio de contradicción o son presa de una misma emoción estética o de un mismo sentimiento de justicia, es una idéntica realidad dentro del yo puro universal la que se está realizando en dos actos distintos.

Mas esto último no conlleva la idea de que, en un cierto sentido, no haya tantos mundos interiores como seres aparezcan. Más aún, creemos también, y esto se deriva en un respecto de lo que hemos admitido, que hay tantos mundos exteriores como seres individuales hay. La existencia de verdades objetivas, unida a otras experiencias, es síntoma suficiente para que creamos en la unidad universal del yo (tomando, ya se sabe, como símbolo, el concepto de unidad), sin que ello nos impida reconocer la infinita variedad de los infinitos mundos interiores que admite la conciencia perceptiva.

Sentada, por último, con fórmulas mentales, la identidad del yo y el cosmos, y habiendo dicho anteriormente del primero que, al tratar de objetivarlo, nos lo representamos forzosamente como un vacío, que ni se mueve, ni está en ninguna parte, parece como si en fin de cuentas yo creyera en la Nada. Mas esto es solo así desde el punto de vista del intelecto, que únicamente conoce de las limitaciones, de las formas muertas, y en el cual he tenido que situarme para ensayar este por qué lógico de mi más íntimo convencimiento; porque en verdad este "fondo vacío", para el cual es ciego el hombre exclusivamente cerebral, es la Plenitud de las plenitudes, la Vida, la única realidad, principio y fin de todas las cosas, origen y destino de toda luz y de toda sombra, sin cuyo constante éxtasis no es posible una filosofía realmente viva, realmente humana.

